

de Movimientos Urbanos Populares (CONAMUP), denominada Unión de Vecinos de la Colonia Guerrero (UVCG), cuyas oficinas se encuentran en una vecindad de la calle de Sol núm. 168. La otra organización es una escisión de la primera y se formó a partir del sismo; se llama Inquilinos Organizados de la Colonia Guerrero, y sus dirigentes acusan de "comunistas" a los de la otra organización. Se estableció en un taller mecánico de la calle de Violeta 62, que fue afectado parcialmente y el cual acondicionaron para instalar un albergue. Al parecer, la Delegación Cuauhtémoc trata de canalizar alguna ayuda a través de esta organización. También el PPS le brinda su apoyo.

La UVCG es la que tiene más arraigo en la zona; ha trabajado estrechamente con arquitectos del autogobierno de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, quienes han hecho una gran cantidad de peritajes en las edificaciones afectadas. Algunos vecinos han participado con miembros de la unión en el apuntalamiento de sus viviendas, con polines principalmente. Esta unión participó ya en dos marchas, la primera del Monumento a la Independencia a los Pinos, el 26 de septiembre, y la segunda de Chapultepec al Monumento a la Independencia, el 2 de octubre.

Sin embargo, la mayoría de los habitantes de la zona permanecen desorganizados. Algunos vecinos se sienten desalentados por las múltiples encuestas y resultados contradictorios de los peritajes realizados. Lo que quieren es un peritaje válido para habitar sus viviendas, sin temor, o que se arreglen si resultaron afectadas.

El PRI y la delegación tratan de controlar la ayuda a la zona, pero presionan a la gente para que se traslade a albergues. Tratan también de obstaculizar la ayuda que llega a la UVCG.

Sergio L. Yañez R.*

La acción social después del terremoto

ENAH: voluntariado, antropología y reconstrucción

No quedó otra alternativa. La mañana del 19 de septiembre, en medio de la confusión general, se decidió suspender temporalmente la única actividad académica que se desarrollaba en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH): el cursillo propedeúutico para nuevo ingreso de la generación 1985-1986. Los organizadores del mismo, varios profesores y estudiantes que colaboraban en él, un nutrido grupo de trabajadores administrativos, técnicos y manuales, y los aspirantes que a duras penas habían logrado llegar, emprendieron el camino de regreso. Como muchas otras escuelas de la capital, la ENAH interrumpía sus labores hasta nuevo aviso.

Para nadie era clara la magnitud de lo que acontecía. El terremoto había sido una sorpresa. Amarga, dolorosa, inex-

plorable sorpresa. La falta de comunicaciones —ni radio, ni teléfonos, ni televisión— hacía más grande la ola de confusiones. En la zona sur de la ciudad, como se sabe, de las menos dañadas, las dimensiones de la catástrofe se delinearono poco a poco, en oleadas. La paulatina conciencia del desastre, sin embargo, planteó la necesidad de dar respuestas en todos los sitios donde era posible.

Durante la noche del 19, las autoridades de la ENAH consideraron la posibilidad de ofrecer sus instalaciones como albergue para damnificados, pero por la falta de fluido eléctrico y agua hubo que desechar la idea. El día 20, a escasas treinta horas del temblor, se pusieron en marcha otras actividades. Deseosos de colaborar en labores de rescate, 33 voluntarios formaron la

primera brigada de la Escuela de Antropología. A través de la Junta de Vecinos de la Delegación Tlalpan, fueron enviados al Hotel Continental Hilton, donde, muy a su pesar, en vez de remover escombros, se les destinó a controlar el tránsito de vehículos.

Había que hacer algo más, y se hizo. Mientras que a nivel del Instituto Nacional de Antropología e Historia, con la activa participación de directivos de la ENAH, se delineaba un plan de apoyo a damnificados, la escuela se transformó en centro de acopio y distribución de víveres. Para ello, a través de varios medios masivos, se convocó insistentemente desde la tarde del viernes 20 a todos aquellos que deseaban colaborar. De

* Subdirector de la ENAH



esta manera, la ENAH se integraba al magno esfuerzo desplegado por el pueblo mexicano, por su juventud y diversas instituciones, para colaborar con la gente afectada por los sismos.

El Centro de Apoyo Sur (ENAH) fue uno de los dos establecidos en el INAH. El otro se organizó en el Museo Nacional de Antropología.

A partir de aquel momento, el registro y la organización de voluntarios, las brigadas, la colaboración en diversos sentidos con la población civil, fueron el quehacer cotidiano. Los estudiantes, profesores y trabajadores que acudieron al llamado, se integraban a las más diversas y audaces comisiones. Para ser periodo de receso escolar y prácticas de campo, la respuesta de la comunidad debe considerarse sobresaliente.

Después del viernes por la tarde, las ideas sobre la ayuda se modificaron. Lo primero fue obtener y manejar recursos para atender necesidades inmediatas de la población. La experiencia colectiva despertaría la imaginación. El sábado 21 y el domingo 22, un dispositivo improvisado que luego denominaríamos "Operación sandwich", logró notables resultados. Consistía éste en colocar a la entrada y/o salida de farmacias, supermercados y tlalperías, brigadas de tres a cinco personas con listas de los materiales que eran necesarios. Al llegar a hacer sus compras, los consumidores se enteraban de las cosas útiles con las que podían contribuir.

El apoyo, la solidaridad demostrada, no tienen parangón. Al contribuir voluntariamente, personas de las más diversas condiciones económicas ponían en marcha un ciclo del todo excepcional: una suerte de redistribución social de los bienes, que hacía llegar a los sectores más necesitados los medios necesarios para sobrevivir. Tal ocurrió con alimentos, agua, sangre, medicinas, ropa, dinero y múltiples servicios. Era como si momentáneamente, por efecto de la

desgracia, la población hubiera sentido necesidad de tender lazos solidarios y realizar acciones colectivas para subsistir.

Además del acopio y distribución de provisiones, la ENAH organizó la oferta de habilidades específicas. Al registrarse, los voluntarios señalaban qué tipo de labores podían desempeñar mejor. Se anotaron traducciones, mecanografía, primeros auxilios, conducción de vehículos, aplicación de encuestas, clasificación de medicamentos, etcétera. De esta manera, había oportunidad de ayudar, con cierto grado de especializa-

espacios. Oficinas y aulas serían habilitadas como almacenes, farmacias, cuartos para ropa, blancos o zapatos, y se improvisó un centro de comunicaciones nacionales e internacionales. Surgieron así —notas de humor e ingenio en medio de la tragedia—: "AurrerENAH" (con varios locales), "LocaENAH" y "LadaENAH".

Casi desde el principio, las brigadas de la ENAH manifestaron la intención de acudir a las zonas más afectadas y menos atendidas, aquellas donde los habitantes pudieran aprovechar en forma directa lo que se repartía. En tal sen-

regresaban de sus jornadas con una visión pormenorizada de las zonas recorridas, cargados de experiencias vivas y con largos listados de campamentos, albergues, situaciones, necesidades y demandas concretas. Fue así como se establecieron vínculos permanentes con pobladores y agrupaciones de colonias como la Morelos, Tepito, Guerrero, Tránsito y Asturias. En la primera, el grado de integración alcanzado condujo a poner en práctica, con la supervisión de los habitantes, una de las primeras encuestas que se aplicaron en la zona. Quince estudiantes de viejo y nuevo ingreso, en-



ción, en diversas tareas no siempre fáciles de emprender.

La computación —no podía ser de otra manera— ocuparía también un lugar: con una "micro", donada poco tiempo atrás para el proyecto "Cuicuilco" de investigación arqueológica, se emprendieron algunos servicios, como registro de voluntarios y capacidades, relaciones permanentemente actualizadas de desaparecidos, así como concentración y canalización de solicitudes por parte de trabajadores, estudiantes y población damnificada en general, entre otros.

El incremento diario de voluntarios y bienes planteó la necesidad de transformar

tido, una vez más, la experiencia colectiva de los voluntarios definió procedimientos y abrió cauces de importancia. Desde el lunes 22 se puso en marcha un mecanismo denominado "Plan Peine", el cual consistía en penetrar a las áreas de desastre para, más allá de los albergues oficiales, recabar información tanto sobre campamentos espontáneos —casi siempre rudimentarios, en la calle, junto a las viviendas dañadas, semidestruidas o derrumbadas—, como sobre necesidades específicas que debían orientar el acopio y la distribución.

Los resultados no se hicieron esperar. Los voluntarios

cabezados por un antropólogo social, llevaron a cabo esta campaña de estudio y servicio a la sociedad.

Al retornar, cada una de las brigadas debía presentar un reporte escrito de sus observaciones y actividades. Este informe constituía un aspecto fundamental para la planeación de actividades al día siguiente. Se procuraba así el oportuno abasto de satisfactores para necesidades detectadas directamente. Sin embargo, cabe destacarlo, las peticiones fueron siempre mayores que los recursos materiales y humanos con que se contaba. Como insinuamos anteriormente, el sismo y su



secuela destructiva empeoraron las deficientes condiciones de vida y llevaron a un punto caótico las economías familiares de amplios sectores de la población, que ya vivían en una situación precaria por la explotación, la crisis económica, el desempleo y la marginación.

Los informes diarios y la encuesta aplicada en la colonia Morelos permitieron sistematizar de manera estratégica los datos que arrojó la experiencia. Diferentes aspectos del oficio antropológico y la investigación social, como el trabajo de campo, la observación participante, la compilación de información a través de los protagonistas, etcétera, fueron puestos a prueba en un momento excepcionalmente dramático. Estudiantes (reales y potenciales), profesores y autoridades de las diversas especialidades que se imparten en la ENAH, asumieron el compromiso y pusieron todo lo que estuvo de su parte para validar, por vía práctica, la pertinencia y operatividad de la profesión en las áreas urbanas, en las situaciones de desastre.

Algo semejante ha ocurrido, a escala más amplia, en la investigación que las llamadas Brigadas Interdisciplinarias del INAH han llevado a cabo en el Centro Histórico de la ciudad. Con la participación de la Secretaría Técnica, de la Delegación D-II-IA-1, que agrupa sindicalmente al personal académico, y de autoridades e investigadores de varios departamentos (Etnología y

Antropología Social, Dirección de Estudios Históricos y ENAH), se ha laborado intensamente para obtener un diagnóstico preciso del impacto material, social y cultural de los sismos en la zona. Desde el primer momento, la Escuela de Antropología apoyó los trabajos. Varios profesores y un gran número de estudiantes han fortalecido permanentemente tanto las brigadas de

campo como de codificación y sistematización. En las reuniones de análisis y evaluación teórica, la ENAH presentó consideraciones y propuso alternativas.

En la actualidad, los tiempos y las prioridades cambian aceleradamente. Después de una fase donde la satisfacción de necesidades sociales inmediatas y su contraparte, el trabajo voluntario, constituyeron las principales líneas de acción, se ha entrado de lleno a un periodo —cuya extensión es impredecible— en el que los principales esfuerzos se aplicarán en la reconstrucción de viviendas y la conservación de los valores históricos y socioculturales de la ciudad y nuestro pueblo. En semejante tarea, las instituciones educativas tienen nuevamente un papel que jugar. La ENAH, que hace poco iniciara íntegramente sus labores con una nueva generación entre sus filas, habrá de evaluar, ampliamente esta vez, las modalidades de su participación en los procesos en marcha. Sin descuidar las labores que le son propias, sin dejar de alcanzar las metas y objetivos académicos que se ha propuesto, seguramente definirá alternativas compatibles para refrendar el compromiso social antes asumido.

